ISIDORO BOIX CHALER

DOS AÑOS EN UNA ESCUELA RURAL

Barcelona, noviembre de 2003



ISIDORO BOIX CHALER

DOS AÑOS EN UNA ESCUELA RURAL

Publicado con autorización de la Revista VOCES del Capítulo Uruguay de AELAC (Asociación de Educadores de Latinoamérica y el Caribe)

Barcelona, noviembre de 2003

A MODO DE PRESENTACIÓN

Por los caminos del amor filial, me llegó el documento que en estas páginas se ofrece a los lectores. La revisión de viejos papeles de un maestro español, tras su fallecimiento, permitió aflorar un artículo escrito por él para una revista que en un principio no fue posible identificar. Uno de sus familiares me facilitó una fotocopia, autorizándome a dar a conocer su contenido si lo creía conveniente. Pensé en América Latina, en sus maestros rurales de hoy, en el potencial difusor de *VOCES,* revista del Capítulo Uruguay de la Asociación de Educadores de Latinoamérica y el Caribe (AELAC). Me pareció que diez mil kilómetros y setenta años de distancia no habrían de impedir, en este caso, el goce de leer, aprendiendo, y de mirar con fe el futuro, soñando o volviendo a soñar.

No quedé conforme con la falta de referencias bibliográficas con que *VOCES* se vio obligada, por razones que no le eran en absoluto imputables, a difundir el artículo. E inicié una búsqueda que culminó en el magnífico fondo histórico de la Biblioteca de la Asociación de Maestros Rosa Sensat, de Barcelona, donde se custodian valiosos documentos que sobrevivieron a la persecución característica de la dictadura franquista. Conserva esa Biblioteca la colección completa de la *Revista de Pedagogía*, publicada entre 1922 y 1936 bajo la dirección del eminente pedagogo español Don Lorenzo Luzuriaga, abanderado de la escuela nueva, laica, coeducacional y republicana, a quien tanto debemos los educadores formados hacia mediados del Siglo XX en América Latina, "sin duda el pedagogo español más importante de la época contemporánea", según nos dice el historiador de la educación Claudio Lozano Seijas.

En el ejemplar del Año XII, número 133, de enero de 1933 de la *Revista* aparece el artículo *Dos años en una escuela rural,* del Maestro Isidoro Boix Chaler, que es el que se reproduce en las páginas siguientes. Conviene agregar que la obra *Bibliotecas escolares*, a la que se refiere en sus páginas el Maestro Boix, era una de muchas que editaba, aparte de sus entregas mensuales, la *Revista* en su colección *Publicaciones de la Revista de Pedagogía.* Permítaseme que diga que en buena medida mi formación como educador uruguayo se nutrió de muchas de esas *Publicaciones,* resultantes de la reflexión y la experiencia de prestigiosos educadores españoles para quienes la construcción de una nueva educación en una nueva sociedad se vio trágicamente abortada por la Guerra Civil. Como tantos otros, Luzuriaga partió al exilio; entre 1939 y 1959

vivió en Argentina, donde, en gran medida con el apoyo de la Editorial Losada, prosiguió su obra de difusión de los principios y prácticas de la nueva educación.

Isidoro Boix Chaler, maestro español, nació en 1908 en la localidad de Vinaroz, provincia de Castellón. Ya titulado, asumió en 1930 la dirección de la escuela rural de Valencia de Aneo, pequeño y aislado pueblo de la provincia de Lérida (hoy Lleida), en plenos Pirineos, junto a la frontera con Francia. Para trasladarse de Barcelona a ese pueblo se requerían entonces unos dos días. Allí estuvo dos años, realizando una labor que en cantidad y en calidad resulta magistral y que él describe –en este artículo seleccionado en el VII Concurso de la *Revista de Pedagogía*- con sencillez y convicción, demostrando un profundo conocimiento de los fundamentos y prácticas educativas.

Quisiera añadir dos comentarios: uno tiene que ver con la pedagogía, el otro con la política. En cuanto al primero, sorprenderá al lector la actualidad de lo que se describe. La tierra (*un campo abandonado lleno de pedruscos y hierbajos,* dice Boix) como base fundamental de una obra reparadora y de un aprendizaje activo; la integración de las experiencias formativas tomando como eje el estudio de las ciencias naturales y superando la convencional separación entre asignaturas; la articulación entre el aula y el medio; las relaciones con servicios técnicos distantes; el mejoramiento progresivo de las condiciones materiales del local escolar; la organización de un museo y de una biblioteca escolar y popular. El autor utiliza la expresión "escuela activa", de actualidad entonces en Europa, de incumplimiento todavía hoy en el

ancho mundo escolar. Y como marco y soporte de todo ello, la cooperación organizada de la comunidad. "Habíamos conseguido –dice Boix- que todo el pueblo se interesase por la escuela y que ésta fuese mirada como la casa de todos". ¿Recuerdan los maestros uruguayos cuánto debemos a nuestro querido Julio Castro por habernos ayudado a entender que *"la escuela es la casa del pueblo porque es la casa de los hijos del pueblo"?* Para quienes no conozcan quién fue Julio Castro les diré que no sólo fue un destacado educador y periodista, uruguayo por nacimiento y latinoamericano por vocación, sino también un activo y lúcido militante de las causas del Pueblo. Es, desde 1977 hasta hoy, uno de los *desaparecidos* de la dictadura militar uruguaya.

Y esto entronca con mi segundo comentario, histórico-político. Y pido al lector que no lo rechace *a priori,* porque la educación de hoy está también situada en la historia, nutrida de valores políticos. Boix estuvo en esa escuela durante dos años, a partir de noviembre de 1930. Eran años de entreguerras, de grave crisis económica mundial, de inquietudes obreras socializantes, de surgimiento del nazismo. La pequeña escuela rural, solitaria en los Pirineos, coexistía con un mundo en profunda transformación, que los pedagogos de esos años veían íntimamente asociada a urgentes y profundos cambios en las concepciones educativas. El 12 de abril de 1931 tienen lugar en España elecciones municipales; triunfan los partidos republicanos y el rey Alfonso XIII parte al exilio. El 28 de junio los republicanos triunfan nuevamente, esta vez en elecciones legislativas. El 9 de diciembre se instaura formalmente el régimen republicano de gobierno, adoptándose una nueva Constitución que contiene este princi-

pio: “La enseñanza será laica, hará del trabajo el eje de su actividad metodológica y se inspirará en ideales de solidaridad humana”. El 25 de septiembre de 1932 el Gobierno de Madrid otorga la autonomía a Cataluña, donde estaba situada la escuela de Boix, y ese mismo día se aprueban una serie de leyes de importante contenido social, entre ellas la de reforma agraria. El Maestro Boix no podía seguir los acontecimientos *en tiempo real,* ni por radio ni por televisión, pero concluye su trabajo con tres hermosas palabras, “nuestra amada República”, reveladoras de su compromiso ideológico, que profetizan grandes realizaciones, grandes sufrimientos y, todavía hoy para algunos de nosotros, grandes ilusiones.

Los que nos graduamos en Uruguay al final de los años treinta, como yo, mucho debemos a la *amada República Española*, que, como hemos visto, nos abasteció de espléndidas obras pedagógicas que daban testimonio de sus orientaciones y esfuerzos, todavía añorados con admiración en la España actual. Y eso fue así porque el advenimiento de la República Española constituyó en muchos ámbitos de la vida ciudadana de América Latina y en especial del Cono Sur una explosión de libertad creadora, una reinterpretación de la función educativa en la sociedad –que el Maestro Boix ejemplifica adecuadamente- que impregnó toda la escuela pública, particularmente en los medios rurales, sometidos hasta entonces al caciquismo y el oscurantismo. Y bien ve el lector que no puedo dejar de reincidir en mi ya vieja convicción de que la política y la educación están unidas por un puente de permanente tránsito de ida y vuelta.

El Maestro Boix fue “depurado” por el régimen

franquista, pero aun así logró culminar su carrera docente como Director de una importante escuela urbana, cargo obtenido por lo que en España llamamos *oposiciones.* El erial que sus alumnos convirtieron en huerto es hoy una plaza pública. Según el Censo de 2001, Valencia de Aneo (hoy *València d'Aneu*) cuenta con 136 habitantes estables, sigue estando a 200 kilómetros del ferrocarril, pero sólo a tres horas en automóvil desde Barcelona. Es lugar de paso hacia importantes áreas turísticas pirenaicas y cuenta con algunos hoteles. Ya no tiene *su* escuela. Los pocos niños de lo que fue una comunidad aislada son trasladados cotidianamente a la escuela de un pueblo mayor. No lamentemos estos cambios, reveladores de un nuevo estilo de bienestar. Alegrémonos de que la mirada vigilante de una nueva generación haya discernido entre unas viejas hojas de papel y un testimonio a rescatar. Y tengamos siempre presente el riesgo de que el olvido empobrezca la educación. Necesitamos extraer de la memoria propuestas, estímulos y compromisos que, aunque lejanos, bien merecen articularse con nuestros esfuerzos por resistir la inhumana oleada neoliberal en que hoy quieren sumergirnos.

Miguel Soler Roca,
Barcelona, marzo de 2003,
(mientras bombas *inteligentes*
caen sobre Mesopotamia, cuna
de la escritura).

DOS AÑOS EN UNA ESCUELA RURAL

POR ISIDORO BOIX CHALER
Maestro nacional de Valencia de Aneo (Lérida)
Seleccionado en el VII Concurso de la
REVISTA DE PEDAGOGÍA

Llegué a este alegre pueblecillo de la justamente llamada Suiza española allá por noviembre del año 1930. Habían transcurrido dos años en que la escuela estuvo ya vacante, ya servida por interinos: dos meses antes de mi llegada el último maestro interino había marchado. Se acercaba el invierno, el pueblo deseaba un maestro y mi presencia fue acogida con el entusiasmo de que son capaces estos materialistas pueblos montañeses ajenos casi por completo a los problemas del espíritu. Ellos habían construído su escuela hacía un par de años con sus solos recursos y, orgullosos de su obra, querían para sus hijos el máximo rendimiento de la obra realizada. Encontré, pues, una excelente disposición para lo que me proponía hacer.

En los meses invernales, muy crudos en estas alturas, nuestra labor fue callada y fecunda: había que preparar el terreno para la próxima primavera. Con ella llegó el buen tiempo, pareciendo despertar todo el pueblo del prolongado sopor invernal: se habían sucedido varias reuniones de padres en la escuela y el ambiente estaba ya en sazón.

Delante de la escuela había un campo abandonado lleno de pedruscos y hierbajos, campo que en otro tiempo produjo excelentes patatas y hortalizas: él sería nuestro «campo de batalla». En las horas de recreo procedimos a su limpieza y al final, llevados por nuestro entusiasmo, iniciamos su roturación con picos, palas y azadas. Pero, hecho por nosotros, hubiera resultado interminable y costoso. Había que dar intervención a los mayores y esto nos vino de perlas. En varias sesiones de trabajo nuestro campo quedó roturado: los padres de los niños con sus yuntas hicieron el milagro. Nuestra labor en la clase se simultaneaba con la que tenía lugar fuera; era de ver la alegría de estos pequeños al contemplar dibujados por sus propias manos a sus padres o deudos al lado de algunas composiciones, originales unas y dictadas otras; al llevar estos trabajos a sus casas los padres no cabían en sí de contentos. Todas las incidencias del exterior eran comentadas en clase y servían de motivo para una infinidad de lecciones: se iba iniciando de manera firme y segura la colaboración entre la escuela y la familia; ésta se interesaba por nuestra labor y ponía a contribución de nuestra obra una parte de sus energías.

Pero en el campo no había valla de ninguna clase: su entrada era libre en cualquier momento para toda suerte de animales que hubieran impedido llevar a feliz término nuestra tarea. No habiendo posibilidad económica de colocar un cercado metálico, como hubiera sido deseo de todos, decidimos construir una valla de madera, para lo cual el vecino bosque nos ofrecía materiales a propósito. Hubo varias jornadas de trabajo para «el común» (como llaman aquí al trabajo gratuito para la colectividad); tomó

parte todo el pueblo; unos cortaron los árboles necesarios; otros, los arrastraban con sus bestias de tiro; después se aserraron convenientemente y en pocos días fue colocada alrededor de nuestro campo una tosca valla que llenaba la finalidad propuesta. Los dos carpinteros que hay en el pueblo y que también trabajaron en «el común» construyeron dos sencillas puertas del mismo «estilo» que la valla. Mientras, había llegado felizmente el buen tiempo y nuestra clase quedó convertida casi permanentemente en el jardín. Allí de «la escuela activa»: medimos el campo en todos sentidos, dibujamos su croquis con diversos motivos varias veces y después de muchos tanteos y discusiones en las que casi todos los niños expusieron su parecer, acordamos la distribución de nuestro campo: éste, de forma triangular, quedaría dividido en dos partes por medio de un paseo central; de dichas porciones, la del lado Norte se subdividiría en pequeñas parcelas que pertenecerían temporalmente a cada uno de los alumnos: en ellas podrían sembrar o plantar lo que fuera de su gusto. El lado Sur se dividiría en tres grandes parcelas a manera de parterres que dedicaríamos exclusivamente a la plantación de árboles de adorno y flores; cada parcela pertenecería a un grupo de niños que lo cultivarían en común.

Ultimada la valla y terminada así la primera etapa de colaboración de los mayores, nos reunimos en la escuela para decidir con ellos en qué habría de consistir su ayuda ulterior: todos coincidieron en concederla entusiasta y decidida, como así fue en efecto en la gran mayoría de casos.

Hubo que abonar el campo y cada niño llevó a la escuela una «carga» de estiércol: era divertido ver llegar a

los niños a la escuela con su asno, llevando éste a ambos lados sendas espuertas del rico abono. Una mañana del mes de marzo en que la esplendidez del tiempo invitaba a saltar de la cama, quedé gratamente sorprendido al ver que dos de mis pequeños alumnos estaban entusiasmados preparando sus respectivas parcelas cuando todavía faltaban unas horas para empezar la clase matinal.

Todo este tiempo fue pródigo en provechosas enseñanzas. En nuestro trabajo tuvimos precisión del auxilio de la aritmética, geometría, ciencias naturales, que eran estudiadas, no como meras asignaturas, sino como algo vivo que por este motivo interesaba grandemente a mis alumnos. Sus padres, viendo que los pequeños aprendían a leer y escribir (además de otras muchas cosas que escapaban a su comprensión) y que acudían con gusto a la escuela, se interesaban cada vez más por nuestra obra.

Llegó el mes de abril y con él el tiempo de máxima actividad en nuestro jardín. Diariamente acudían a la escuela algunas mujeres del pueblo con ricos presentes: plantas y flores de todas clases que arrancaban de su huerto y que nos ofrecían con excelente voluntad. Los niños visitaban, solicitando flores, a todo el mundo, y apenas tenían noticia de la existencia de alguna planta poco frecuente se formaba una comisión que iba a pedir algunas semillas o ramitas de la planta codiciada para la escuela. Alguna vez hubo necesidad de ir a un pueblo vecino y hasta en varias ocasiones, con aquel motivo, se organizaron excursiones para visitar a los niños de otros pueblos; con ello realizamos además una obra de acercamiento espiritual entre lugares vecinos y que, sin embargo, no se

trataban en otros tiempos con los miramientos debidos. Conseguimos así interesar en nuestra empresa a mucha gente, además de los padres de los chicos, reuniendo en nuestro jardín plantas de las más diversas procedencias. Hubo un señor de la aldea cercana, muy alejado del que esto escribe por ideología política, que nos envió varios paquetes de semillas para el jardín; también recibimos valiosos donativos de algunos maestros de este valle.

Deseando plantar algunos abetos fuimos un día al bosque con picos y azadas para arrancar pequeños arbolitos que fueron después replantados en nuestro jardín; en esta excursión llevamos con nosotros un asno (que nos cedieron los padres de un alumno) para llevar los útiles de labor y después los arbolitos que tuvimos buen cuidado de arrancar con la tierra necesaria.

Hacían falta árboles frutales: se pensó en pedirlos a Lérida con objeto de que fuesen de buena calidad. La premura del tiempo impidió hacerlo así y acordamos dejarlo para el año venidero. Se plantaron árboles del país (perales, manzanos, etc.) que más adelante injertaríamos. A la primavera siguiente se encargaron con tiempo suficiente quince árboles frutales de buena calidad que en abril pudimos plantar; con tal motivo muchas familias de la localidad decidieron también plantar frutales en sus campos respectivos, haciéndose un pedido colectivo de más de doscientos árboles. Es ésta una fuente de riqueza muy descuidada en estas montañas; si se dedica a ello la debida atención los resultados serán, a no dudar, óptimos.

Nuestros propósitos respecto al campo escolar se iban realizando tal como teníamos previsto; habíamos

conseguido que todo el pueblo se interesase por la escuela y que ésta fuese mirada como la casa de todos; acudían a ella con la naturalidad del que va a su propia casa. Bastaba una simple indicación para que tuviese reunidos a todos los padres de mis alumnos estableciéndose un constante e intenso intercambio que permitía resolver con gran facilidad cuantos problemas se presentaban. Más de una vez se dio el caso de que trabajando en nuestro jardín pasaba por allí algún familiar de los alumnos; si veía que realizábamos algún trabajo superior a nuestras posibilidades se prestaba en seguida a ayudarnos. En cierta ocasión tuvimos que sostener alguna discusión con la madre de un alumno que pretendía rectificáramos el trazado de un camino con objeto de que la porción cultivable fuese mayor; quedó zanjada la discusión haciéndole ver que las exigencias estéticas nos imponen a veces pequeños sacrificios materiales que deben ser hechos con gusto.

La primavera avanzaba y con ella nuestro jardín iba vistiendo sus mejores galas; llegó a constituir la admiración de propios y extraños. Cuantos pasaban por delante de la escuela y veían que aquel erial de meses antes se iba convirtiendo en rico vergel, ponderaban con exageración el trabajo efectuado; esto agradaba en extremo a los padres de los niños, los que, por otra parte, veían que sus hijos iban a la escuela con alegría y que sus progresos en ella eran patentes. Culminó nuestra obra en el esfuerzó máximo realizado por el pueblo en su afán de dotar a la escuela de todas las perfecciones posibles. Se convencieron muy pronto de que el cuadro que tenían ante sus ojos requería otro marco; expresaron su deseo de sustituir la tosca valla de madera, que ya había cumplido su misión, por un cercado de alambre. Los niños se encargaron de

efectuar las mediciones y cálculos necesarios, determinando la cantidad de alambre y otros materiales que hacían falta, como número de barras de hierro, etc. Se colocaron asimismo dos artísticas puertas de hierro, se construyeron unas escalerillas para bajar del piso-habitación a la sala de clases y fue arreglada la pequeña acequia que provee de agua a nuestro jardín. Calcúlese el sacrificio que representa para una pequeña aldea de 125 habitantes el gasto de más de 2.000 pesetas en una obra escolar. Lo que mayor satisfacción me produjo fue el ver retratado en el semblante de estos rudos lugareños la alegría íntima, sincera de realizar un esfuerzo que redundaría en beneficio de la educación de sus hijos; otro detalle que me satisfizo fue el comprobar que en la obra realizada intervino todo el pueblo, aun aquellas familias que no tenían ningún chico en la escuela, muestra evidente de que lo hecho en ella interesaba y complacía a todos.

Creyéndolo de gran interés en estas alturas solicité de mi antiguo maestro de Vinaroz, D. José Vilaplana, el envío de una colección de moluscos, crustáceos, etc., tan abundantes en el litoral mediterráneo. El envío de más de quinientos ejemplares, hermosos y variados, sirvió de base a nuestro actual museo; los niños (y los mayores) quedaban maravillados a la vista de seres de que ni tan sólo tenían noticia y su asombro crecía al enterarse de las curiosas particularidades de la vida submarina. Se organizó nuestra semana del mar en la que se ofreció a los niños todo cuanto pudimos recoger referente a la vida en él; nos auxiliamos de grabados, fotografías, algún barquito de corcho que junto con el material recibido nos permitió dar a los niños una idea bastante aproximada de lo que es el mar. Hablé a los niños de los museos y de su impor-

tancia educativa; bien palpables eran los resultados de su iniciación. Un niño dijo que en una mina abandonada, muy cercana al pueblo, encontró cristales muy bonitos; aprovechamos el primer día de buen tiempo y fuimos a dar allá nuestra clase. Se encontraron preciosos cristales de cuarzo de regular tamaño y muchos de ellos con magníficos detalles en la cristalización; encontramos también una salamandra viva y algunas ranas. Todo ello nos sirvió de pretexto para varios trabajos en clase. Respondiendo a una indicación mía se acordó con entusiasmo enviar algunas muestras de las rocas y minerales recogidos en diversas excursiones al Sr. Vilaplana, escribiendo los niños con dicho motivo varias cartas a cual más expresiva. Como dato curioso he de decir que más de una vez se me acercaron los padres de mis alumnos rogándome les mostrase aquellas cosas del mar de que sus hijos les habían hablado con tal entusiasmo; ni que decir tiene con cuánto gusto accedí a tales deseos dándoles toda suerte de explicaciones.

La lectura del libro *Bibliotecas escolares* publicado por la «Revista de Pedagogía», sugirió en mí el propósito de formar nuestra biblioteca escolar; teníamos ya en la escuela algunos libros; consigné una pequeña partida en el presupuesto que me permitió adquirir otros, a los que uní unos cuantos de mi pequeño fondo. Así se inició nuestra biblioteca. Pero era menester interesar más directamente a los niños, haciéndoles intervenir en ella intensamente. A este fin surgió casi espontáneamente la idea de formar una sociedad cuya única finalidad sería la de fomentar la biblioteca. Se escribió un reglamento muy sencillo que fue discutido, artículo por artículo, en asamblea general. Se señaló una cuota de 10 céntimos semanales por alumno y

se procedió seguidamente a la formación del catálogo de los libros existentes. Un rasgo que merece destacarse fue el acuerdo tomado, en ausencia del interesado, de admitir como socio numerario, dispensado de cotizar, a un niño cuyos padres vivían en la mayor indigencia. Como los niños se llevaban todas las semanas algún libro a sus casas, se consiguió también interesar a los mayores que eran poderosa ayuda en el fomento de nuestra biblioteca. Ahora dirigiremos nuestros esfuerzos hacia la creación por el municipio de una biblioteca popular, para lo cual contamos ya en el mismo edificio escolar con un magnífico salón.

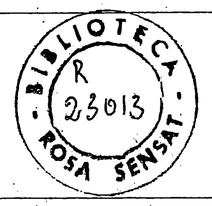
Tales son los medios de que me he valido para vitalizar y en lo posible enriquecer nuestra escuelita rural: téngase en cuenta que nos hallamos en pleno Pirineo, a 200 kilómetros del ferrocarril y a casi la mitad de todo centro importante de población. Las dificultades con que hemos tenido que luchar han sido enormes en ocasiones: no ha sido una de las menos importantes el espíritu excesivamente materialista de estos pobres aldeanos y su resistencia ante reformas que nunca creyeron necesarias. Ha sido preciso que tocaran primeramente resultados prácticos para que se decidieran a ayudarnos: a veces lo han hecho, sin embargo, con fe y entusiasmo. Pero es indudable que aquí antes de pedir hay que dar con esplendidez, y aun así hay que convencerles palpablemente de que su sacrificio producirá buenos resultados inmediatos. No obstante, confío sinceramente en que la cultura abrirá en estos montañeses más dilatados horizontes a su inteligencia y que, en no lejano plazo, dejarán de ser el peso muerto que actualmente lleva a cuestas nuestra amada República.

ANEXOS

(Cortesia de la Biblioteca de la Associació de Mestres Rosa Sensat, Barcelona)

REVISTA
DE
PEDAGOGÍA

S V M A R I O



Año I.-Núm. 1 *Enero 1922*

Copia facsimilar de la portada del Nº 1 (año 1922) de la REVISTA DE PEDAGOGÍA

REVISTA DE PEDAGOGÍA

Redactores:

AINAUD (M.), BARNÉS (D.), DANTÍN CERECEDA (J.), GALÍ (A.), LAFORA (G. R.), MAEZTU (M.ª DE), MARTÍ ALPERA (F.), MORENTE (M. G.), SANTULLANO (L. A.), XANDRÍ (J.), ZULUETA (L.)

Y LORENZO LUZURIAGA

Editor.

La REVISTA DE PEDAGOGÍA aspira a reflejar el movimiento pedagógico contemporáneo y, en la medida de sus fuerzas, a contribuir a su desarrollo. Dotada de la amplitud de espíritu que requiere el estudio científico, está alejada de toda parcialidad y exclusivismo, e inspirada en el sentido unitario que tiene la obra educativa, dirige su atención lo mismo a los problemas de la enseñanza primaria que de la secundaria y universitaria.

De los trabajos firmados responden directamente sus autores; de los demás, cuando no se indique su origen, el editor.

La REVISTA DE PEDAGOGÍA se publica mensualmente en cuadernos de 40 y más páginas.

Precios de suscripción: *En España: un semestre, 7 pesetas; un año, 12; número suelto, 1,50. En las Repúblicas hispanoamericanas: un año, 16 pesetas; número suelto, 2 pesetas.*

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

MIGUEL ANGEL, 31

Apartado 6.002. — *Madrid.* — *6*

(Indíquese siempre en la correspondencia el número del Apartado y el de la Estafeta.)

Editor, cuerpo de redactores y propósitos de la REVISTA DE PEDAGOGÍA según copia facsimilar del Nº 1 (año 1922) de la misma

REVISTA DE PEDAGOGÍA

S V M A R I O



AÑO XII - NÚM. 133 ENERO 1933

Copia facsimilar de la portada del Nº 133 (año 1933) de la REVISTA DE PEDAGOGÍA en que se incluye el artículo del Maestro Boix Chaler



